

HISTORIA ORAL SAHARAUI:
RELATO DE UN INVIDENTE

LAROSI HAIDAR

Sidati Essalami sería uno de “aquéllos cuya enfermedad significa el poderío de los dioses, y cuya “segunda vista” les pone en relación con el reverso de las cosas, hombres privados de visión común, reducidos a no ser para nosotros sino pura voz” (ZUMTHOR, 1989: 69).

“Quien se dispone a hablar es Sidati uld Essalami uld Lehbib uld Almastafa uld Assayad uld Abdeluahab; de la tribu de los Aulad Bussbah, fracción Ahl Sidi Abdala, subfracción Ahl Sidi Abdeluahab. Mi año de nacimiento no se puede precisar, pero posiblemente sea entre 1939, 1940 o, como viene reflejado en los documentos oficiales españoles, 1941. Mi padre se llamaba Mohamed Salem y era apodado Sal-lami, y mi madre era Etfarrah ment Chel El-Uali uld Chej Maalainin; nací en el río Blanco¹ en Anagyir, cerca de Bir Enzarán por la parte sur”.

Así es como introduce Sidati Essalami la grabación magnetofónica en la que nos habla de su vida, una vida que refleja de manera general la de cualquier otro saharauí de su generación. Abordaremos esta pequeña biografía “oral” en tercera persona, pues nos parece la más adecuada para este trabajo.

El día en que nació, según le contaría más tarde su tía abuela materna Tul-atfag ment Chej Maalainin, las mujeres del campamento habían estado turnándose, pues cada vez se reunían en una de las *jaimas*, mataban unos cuantos chotos de cabra y, tras cocerlos, untaban la carne con mantequilla fundida (*adhan*)² y guisaban arroz en su caldo o hacían un suculento cuscús; se pasaban así todo el día comiendo y bebiendo leche de camella para engordar y esto es lo que se denomina en hassanía *amuanglāt*³, operación muy practicada en el Sáhara y que se diferencia

¹ Denominación hassaní: الوَادُ اللَّيْبِيْطُ

² Término hassaní: أَذْهَنْ

³ Término hassaní: أَمْوَنْغَلَاتْ

de *lablūh*⁴ en que esta última la llevan a cabo las chicas antes de casarse. Respecto a esta operación y refiriéndose a su práctica en la vecina Mauritania, Tazuin dice:

“En la sociedad mora, la gordura de la mujer es sinónimo de belleza. Se obtiene, o se obtenía, pues su práctica en la actualidad es más bien residual, mediante “*gavage*” (cebación) de la chica, según el término francés utilizado en Mauritania. Este *gavage* [*lablūh*] sólo se practicaba en el seno de los grupos dominantes, esos mismos que poseían suficientes animales para poder disfrutar de un plus de leche y en los que la inactividad femenina era muy valorada. [...] Todas las mañanas y tardes, después del ordeño, la chica bebía un enorme cuenco de leche. La toma de peso era rápida y la experiencia, a veces vivida con dolor, significaba la ascensión hacia el tan apreciado *status* de mujer”⁵. (TAUZIN, 1993: 27)

En el territorio saharauí, en aquella época, la mujer tendía siempre a ser gorda, enorme, pues de lo contrario nadie la querría ni la valoraría según las costumbres y tradiciones en vigor. Para ello, además de la carne, la leche y el cuscús, también se utilizaban ciertas plantas, como nos informa Emilio Guinea López ya en 1945 refiriéndose al tóxico *lebtren* (*Hyscyamus muticus* L.):

“La planta, tomada en pequeñas dosis, tendría la propiedad de hacer engordar. Las mujeres la emplean para tal fin, haciendo cocer una pequeña cantidad de ella en agua con harina y grasa; dejan que se reduzca e injieren el producto obtenido, abrigándose después para transpirar”. (GUINEA LÓPEZ, 1945: 120)

⁴ Término hassaní: بلوح

⁵ Texto original francés: “Dans la société maure, l’embonpoint est, chez la femme, synonyme de beauté. Il est, ou était, obtenu -la pratique n’est plus que résiduelle de nos jours- par “gavage” de la fillette, selon le terme utilisé dans le français de Mauritanie. Le gavage ne se pratiquait qu’au sein des groupes dominants, ceux-là mêmes qui possédaient suffisamment d’animaux pour bénéficier d’un surplus laitier, et dans lesquels l’inactivité féminine se trouvait extrêmement valorisée. [...]. Soir et matin, après la traite, la fillette absorbait une grandealebasse de lait. La prise de poids était rapide, et l’expérience, vécue parfois avec douleur, signifiait l’accession au statut convoité de femme”.

El día mismo del nacimiento de Sidati, las mujeres estaban en la *jaima* de sus futuros padres, *jaima* algo apartada de las demás; de hecho, es costumbre alejar las tiendas unas de otras, sobre todo cuando las familias poseen muchos camellos, y también se alejan para, según el dicho popular, “dejar lugar donde caigan las malas palabras”, es decir, para que si alguien despistado o sin querer critica a los vecinos, éstos no le oigan.

Las mujeres del campamento eran muchas y al ver el estado lamentable de Atfarrah, la madre de Sidati, le propusieron pasarle el turno a otra familia, sin embargo, ella no aceptó por orgullo y porque tenía varias esclavas a su servicio.

Las mujeres, cuando iban a reunirse en una *jaima*, solían hacerlo al mediodía, cuando hacía calor y poca gente se movía fuera de las tiendas. Las esclavas les hacían sombra, a la vez que las ocultaban de las miradas de los hombres, con una enorme tela. Después, al acabar el encuentro culinario, volvían al caer el sol, cuando la visión no era muy buena y podían pasar desapercibidas. Después de comer, Atfarrah sintió las primeras contracciones, mas no dijo nada y siguió aguantando hasta ya rezado el penúltimo rezo, el del anochecer, cuando le hizo una seña a su tía paterna Tul-atfag y le dijo “ven, vayamos delante de las chicas; creo que estoy sintiendo algo”. Salieron las dos con paso acelerado y al llegar exactamente a la mitad de camino entre la tienda y el resto del campamento, se sentó de golpe en el abrigo de una *askafāya*⁶ y, en un santiamén, cayó el niño al suelo, nació Sidati. Nació en pleno desierto al abrigo de una *askafāya*, lejos de hospitales y de enfermeras, y cuando las dos mujeres se dispusieron a cortar el cordón umbilical, no encontraron con qué hacerlo; entonces, Um-atfag cogió una piedra de sílex, la rompió y con un trozo lo cortó. Rompieron el manto de una de ellas para vendar la herida y envolver al recién nacido, tras lo cual se dirigieron hacia la *jaima*. Después de llegar, algunas de las esclavas, en la entrada de la *jaima* se pusieron a gritar de contento mientras otras

⁶ Una planta de *askaf*, de la que dice Emilio Guinea que es la *Nucularia Perrini Batt*; “la vimos muy abundante en todo nuestro recorrido, a partir de la Sebja de Imililik hasta cerca del pozo Zug. Abunda por todo nuestro desierto de Norte a Sur y de Este a Oeste. Constituye un excelente pasto para el camello y un magnífico combustible para el nómada”. GUINEA, 1945, p. 103.

estaban llorando: las que gritaban de contento, o más precisamente emitían un agudo gorjeo llamado *azġarīt*⁷, lo hacían porque el recién nacido era varón, costumbre que parece ser se remonta a los árabes preislámicos y “que más bien es una mala costumbre”. Los árabes antiguos se entristecían al tener una niña e, incluso, llegaban a enterrarlas vivas. Las esclavas que estaban llorando lo hacían porque su señora había dado a luz fuera de su *jaima*, al aire libre, ella que era la hija de Chej El-Uali, hijo del famoso Chej Maalainin fundador de la ciudad santa de Esmara en 1885. Y así fue, más o menos, cómo llegó al mundo Sidati Essalami.

Al tercer año de su vida perdió la vista y, según dicen algunos, la causa fue el “mal de ojo” de una mujer muy conocida por este tipo de maleficios, pues al verlo con apenas dos años gateando para acercarse a una *tazāia*⁸ o enorme costal donde se suelen guardar productos alimenticios, ésta le dijo: “vaya, vaya, sí que eres un miembro de la tribu de Aulad Busbaa”. En la sociedad saharauí, la superstición del mal de ojo está muy difundida, sobre todo respecto al efecto de éste sobre los niños, a los que se suele proteger con toda suerte de amuletos y hechizos. Para este fin

“se colocaba en su cuello todo tipo de amuletos [...]. Servían para alejar a los bebés del ‘mal de ojo’ como aún hoy se hace en varios países del Mediterráneo. Uno de los tipos más usados tenía forma de cilindro; podían ser de madera, metal u oro y dentro de ellos se introducían unos rollos de papiro en los que se habían escrito algunos hechizos protectores.

‘(Mantendremos sanos sus manos y) sus diez dedos; mantendremos sanos sus costados, su abdomen, su ombligo, su recto, todo su abdomen, sus fémures y sus tibias’’. (DI NÓBILE, 1996: 151)

Cuando empezó a notársele que sus ojos estaban enfermos, su madre se lo llevó ante su propio padre, el abuelo del niño, para ver si podía hacer algo al respecto. Téngase en cuenta que en la sociedad saharauí una mujer nunca debe acercarse a su hijo ni mostrarle su cariño en pre-

⁷ Término hassaní: أَزْغَارِيْتْ

⁸ Término hassaní: تَزَايَا

sencia del padre de la misma; se dice, incluso, que aunque el niño se estuviera quemando ella deberá permanecer en su sitio sin intervenir ni decir nada. Sin embargo, la madre de Sidati, al ver que el estado de sus ojos empeoraba cada vez más, hizo caso omiso de las reglas sociales, cogió a su hijo en brazos y fue corriendo a donde estaba su padre, que era un conocido hombre de religión. Al contarle lo sucedido, él le dijo que podría curarlo pero sin darle garantías de que luego viva por mucho tiempo, mas si quería que viviese larga vida, lo mejor es dejarlo como estaba. Ella le dijo que hiciera lo que creyera conveniente y él le respondió: “Te aseguro que no les envidiará nada a sus semejantes”.

A los cinco años, totalmente ciego, empezó a recibir clases de Corán de la mano de una maestra, pero al poco tiempo él se quejó ante su padre porque no quería recibir clases de una mujer. La excusa dada a su padre fue que “quien recibe clases de una mujer nunca está seguro de lo que sabe”. En un principio, su padre se negó y, más tarde, le cambió la maestra por otra. Volvió a quejarse y nuevamente su padre le contrató a otra maestra de Corán. Finalmente, al ver que Sidati se empeñaba en tener a un maestro, lo puso en manos de Mohamed uld Boira, maestro de la tribu Aulad Busbaa que le enseñaría dos capítulos del Corán. Él memorizaba rápidamente las aleyas coránicas y solía dejar atrás a todos sus compañeros de escuela, hecho que causó muchos recelos entre la población infantil vidente. Luego recibiría clases de Mustafa uld Esneiba hasta culminar los veinte capítulos y, tras el fallecimiento de éste, sería discípulo de Mohamed Abdal-lahi, de la tribu de Aulad Tidrarín, con quien no tardaría mucho tiempo. Después, sería alumno de su abuelastro, Mohamed Fihalbarka uld Jatri uld Ahmad Zaid y primo hermano de su primera maestra. Pasado un tiempo, en una ocasión se ausentó su maestro durante unos días por lo que un colega de éste dio clases a Sidati en su ausencia. Al volver Mohamed, su colega le dijo que Sidati era como una máquina de memorizar y que habría que darle triple cantidad textual de lo que estaba recibiendo en realidad. Tras este mal de ojo, estuvo dos años sin poder memorizar ningún texto coránico. Tuvo que acudir a un curandero para que le “abriera” la cabeza y poder continuar con sus estudios.

El método que usaba para memorizar consistía en lo siguiente: el maestro cogía su palimpsesto de madera y le escribía una línea a la vez

que se la leía en voz alta; él la repetía; luego hacía lo mismo con otra línea y Sidati repetía la primera y le añadía la segunda, y así sucesivamente hasta acabar el palimpsesto, tras lo cual Sidati, esta vez solo, repetía todo el texto cuarenta y una veces mientras la tinta se secaba sobre la madera del palimpsesto. De esta manera terminó de memorizar el Corán en un lugar llamado Udei Attahmía, lugar en el que recibió su titulación en presencia del propio hijo de Chej Malaainin, Chej Mohamed Limam, que se encontraba de visita en el campamento y le acompañaban, además, Ahmed Fal uld Mohamed Lamín, Mohamed Abdalaha alias “El Ghal-lauí” que más tarde sería profesor de árabe en colegios españoles, Malaainin uld Laatig y otros más, todos ellos grandes estudiosos del Corán. El día de la lectura del texto coránico, en el que todos estarían presentes, Sidati se despertó temprano, desayunó con leche de camella y empezó a recitar ante los presentes. En su recitación, “cayó”⁹ dos veces, es decir, se equivocó dos veces: en la primera, añadió la terminación *iā* (يَا) a una palabra y, en la segunda, al recitar una aleya que terminaba en “y no veis”¹⁰, se equivocó y dijo “y no oís”¹¹. En este momento, intervino su abuela paterna pidiendo al tribunal que le otorgaran unos minutos para beber, a lo que accedieron. Bebió e, incluso, se comió un par de chuletas de cordero. Uno de los miembros del tribunal, Malaainin uld Laatig, le dijo a la abuela que “de todas formas, no podrá digerir nada de eso mientras no acabe de recitar los diez capítulos que le faltan”. Al terminar de recitar la totalidad del texto coránico, todos se levantaron y le felicitaron; entonces, Malaainin uld Laatig se le acercó y le preguntó que cómo es que la segunda vez que se equivocó y el tribunal le llamó la atención, él no se puso nervioso y únicamente se limitó a sonreír. Sidati respondió que él, en realidad, no se había equivocado, pues esa era la palabra que le habían escrito en el palimpsesto, pero no dijo nada al tribunal porque sabía que todos pensarían que no era más que una excusa tonta. Luego fue hacia su abuela para que le decorara la mano con alheña, señal ésta de haber terminado de memorizar el Corán. Días después, su abuela llevaría acabo otro ritual muy difundido: le cogería la

⁹ Término hassaní: طاخ

¹⁰ Texto árabe: ولا تبصرون

¹¹ Texto árabe: ولا تسمعون

misma mano alheñada y la untaría con mantequilla fundida para que los demás niños del campamento se la lamieran y, de esta manera, les sería más fácil memorizar el texto sagrado.

Desde entonces, repitió los sesenta capítulos del Corán sesenta veces para no olvidarlos jamás y esta operación es lo que se denomina en hasanía *zahhâf algurân*¹², es decir, “hacer reptar al Corán”. Sin embargo, de las demás materias no sabía nada, pues nunca había estudiado gramática, ni religión ni literatura... era un verdadero ignorante. Tres años más tarde, cuando vivían en los alrededores de lo que luego serían las famosas minas de fosfatos, llegaron de paso dos mozos familiares de su difunta madre y que habían estado estudiando en colegios árabes. Por la tarde, estuvieron leyendo libros de gramática y discutiendo, mientras Sidati, sentado cerca de ellos, guardaba silencio y escuchaba todo lo que decían. En un momento dado, uno de los jóvenes dictaba y el otro escribía, y este último, al no recordar el último verso dictado le pidió al primero que lo repitiese; se lo repitió, pero pasados unos segundos, volvió a pedirle que lo repitiera y, entonces, intervino Sidati recitando el verso en cuestión. Los dos mozos callaron, miraron hacia Sidati y le dijeron con sarcasmo: “¿vaya, tú también has memorizado un verso? Esta conducta traumatizó al pequeño Sidati, pues ellos eran dos chicos cultos, que pertenecían a la tribu de su madre y, por lo tanto, eran sus “tíos maternos”, que han sido recibidos con honores en su *jaima* y él no podía pensar que pudiesen llegar a reírse de él o ridiculizarlo como lo habían hecho. En ese mismo momento, Sidati se levantó, salió de la *jaima* y caminó en dirección sur unos 1.500 metros, exactamente hasta el *rag*¹³ o terreno despejado y plano que está al sur del torrente seco de los Troncos¹⁴, se detuvo y se juró a sí mismo que jamás dejaría de estudiar y aprender hasta morir. Más tarde, cuando ya había vuelto a la *jaima* y les sirvieron las asaduras de la cabra degollada en honor a los visitantes, al intentar comerse un trozo de carne no pudo tragar nada de lo enfadado que estaba por las palabras que le habían dirigido los huéspedes. Al día siguiente, después de que éstos se marcharan, Sidati pidió a su maestro

¹² Expresión hassaní: زَحْفُ الْغُرَانِ

¹³ Término hassaní: رَكْ

¹⁴ Denominación hassaní: أَوْدِي لِحَشْبِ

que le escribiera el libro que ellos habían estado leyendo. El libro era un manual de gramática en el que se analizaban 51 versos árabes y él lo memorizó en dos días, tras lo cual volvió a pedirle a su maestro que le escribiera otro libro. Esta vez le escribió un libro de teología musulmana que empezó a memorizar ávidamente, pero al llegar a la mitad alguien le dijo que “ese libro suelen leerlo más bien las mujeres”, lo que hizo que lo dejara. Entonces Sidati le dijo a su maestro que le enseñara libros “grandes y auténticos” de los que pudiera aprender de verdad, pues no quería perder tiempo con los “pequeños, que más bien los leen las mujeres”. A partir de aquí, empezó a escribirle los libros árabes más conocidos y difundidos de la época, tocando prácticamente los tres campos esenciales de la producción escrita de entonces: gramática árabe, literatura árabe y teología musulmana.

Mucho tiempo después, cuando fueron a vivir a la ciudad, encontró a Ahmad Fal uld Mohamed Lamín, marido de su tía materna Babba ment Chej El Uali y que también le había amamantado; Ahmad Fal había sido secretario de Chej Malaainin en Esmara y maestro de algunos de sus hijos, así que no podía encontrar mejor maestro para enseñarle literatura y teología y exégesis del Corán. Además, también contactó con su amigo, “El Ghal-lauí”, para que le diera clases de gramática árabe. Ninguno de los dos maestros sabía que Sidati recibía otras clases además de las suyas, medida que adoptó Sidati por “temor al mal de ojo”. De esta manera seguiría estudiando y aprendiendo hasta hoy en día.

La familia de Sidati tenía un negocio en Esmara y al ver que el señor encargado del asunto no estaba haciendo su trabajo como debía, decidieron enviarle a él para sustituirle y vender toda la mercancía, cosa que hizo de la mejor manera. Después volvería a El Aaiún y, pasado un tiempo y gracias a la insistencia de su familia, empezaría a dedicarse de nuevo al comercio. Al principio, vendía en una especie de *jaima*, luego evolucionó y se trasladó a una tienda; después, al aumentar el negocio, empezó a vender en un gran almacén.

A finales de 1962 un enviado de la Radio Televisión Española le propuso ser coordinador para la emisora de radio de El Aaiún; aceptó el puesto y empezó a trabajar para la radio local pero sin dejar su negocio. Sin embargo, Sidati no era como los demás empleados, pues a fin de mes, cuando todos cobraban, él se negaba a cobrar porque se considera-

ba “hijo de una familia respetable” y, como tal, no debía aceptar ningún salario como pago a su trabajo. De hecho, Sidati estuvo trabajando en dicha emisora desde 1962 hasta 1971 sin aceptar cobrar “ni un duro” y sólo fue a partir de finales de este mismo año cuando se vio obligado a aceptar recibir un salario como los demás empleados, pues desde mediados de 1966 había dejado el negocio. Su trabajo consistía en viajar por todo el territorio saharauí durante tres meses, yendo de lugar en lugar, de sabio en sabio, de poeta en poeta, e ir grabando toda la información en cintas magnetofónicas; luego, al volver, trabajaba en la emisora durante unos diez días, grabando los futuros programas y, al terminar, retornaba a su inacabable viaje por la tradición oral saharauí. Incluso, una vez, extendió el viaje a la vecina Mauritania, de donde trajo una cantidad ingente de textos orales grabados sobre todo tipo de saberes conocidos en el ámbito de la cultura *bidani*.

A lo largo de su vida, Sidati vivió tiempos durísimos, pues tuvo que viajar mucho a pesar de que era ciego: en su época de comerciante viajó en numerosas ocasiones a Mauritania en camello para traer mercancías y una vez a Senegal, donde pasó dos años ocupándose de un asunto que le había encomendado su padre, además de entablar amistad con *ulemas* y gente de letras de los que siempre estaba aprendiendo. Como muchos jóvenes saharauís de la época, formó parte de las fuerzas de resistencia y participó con el Ejército de Liberación en la guerra del 58. En el año 1987, las autoridades marroquíes le encarcelaron por su indisimulada repulsa a la invasión marroquí del Sáhara y a su política de represión y terror practicada sobre la población civil saharauí. No sería liberado hasta 1991.

En general, Sidati dice que, hasta cierto punto, el “ser humano le ha defraudado”, por lo que insiste en el conocido dicho de que “las persona son como las piedras [arrojadas]: aquellas que te yerran son mejores que las que te alcanzan”¹⁵. A esta conclusión llegó, sobre todo, en sus años de comerciante, pues por su condición de ciego muchos intentaban engañarle. Otros, le compraban cosas con la promesa de que se las pagarían en un par de semanas. Sin embargo, nunca volverían a entrar en su tienda, ni siquiera para saludarle y, algunos, hasta llegaron a negar que le

¹⁵ Original árabe: الناس كالحجارة ما اخطاك منها خير مما اصابك

debieran algo. Hoy en día, aún sigue conservando el cuaderno en el que apuntaba sus nombres y sus deudas contraídas entre 1960 y 1963. Unos, ya han muerto, que en paz descansen, otros, todavía siguen vivos. Y lo que más le ha dolido a Sidati Essalami es que todo lo que ha padecido se debió, ante todo, porque era invidente.

De pequeño, había creído que todo el mundo era como él, sin embargo, cuando tuvo uso de la razón empezó a darse cuenta de que no era así, pues los otros “veían”, podían leer e iban a estudiar, mientras que él no podía hacerlo y siempre era marginado por los demás; ellos caminaban solos y él tenía que estar acompañado. De niño, cuando alguien le decía que era ciego, se enfadaba y no aceptaba, a la hora de trabajar en cualquier tarea, hacer menos que los demás o estar a la zaga. Sabía degollar y despellejar una cabra, excavar un pozo, trenzar cuerdas, arar, afilar palos, cortar troncos, sacar agua del pozo, ...tareas que le daba lo mismo hacerlas con hombres o con mujeres. Cuando ya era mayor y en el Sáhara empezaron a abundar los aparatos de radio y los magnetófonos, aprendió a desarmarlos y arreglar sus averías; también sabía arreglar fusiles y escopetas de caza y fabricar su munición; muchas veces hacía de guía por el desierto sobre camello o en coche, y únicamente la persona a la que guiaba debía describirle el terreno en el que se encontraban y Sidati le iba señalando la dirección que debían tomar. En resumen, Sidati, a pesar de su ceguera, no sólo era igual a sus congéneres sino que, en realidad y en casi todo, era muy superior a la gran mayoría de ellos.

CONCLUSIONES

Las palabras citadas más arriba, una especie de esbozo biográfico en cuatro líneas, son fruto de la memoria de Sidati Es-salami que es, indiscutiblemente, uno de los especialistas más prestigiosos en el ámbito de la cultura saharauí, cultura que, a día de hoy, vive y sobrevive gracias a la memoria individual y colectiva y gracias a su difusión oral de generación en generación. Las palabras de Es-salami son la expresión de la realidad vivida directa e indirectamente por él mismo, por su generación y, de manera más general, por su pueblo que es el pueblo autóctono del Sáhara Occidental. La vida de Es-salami, su historia que él mismo nos

ha pergeñado en unas cuantas palabras, es también la historia de su familia, de su tribu, de su nación... De hecho, la historia de la nación saharauí está en la mente de todos los saharauis pero, sobre todo, en la memoria de personas tan singulares como Es-salami. Si los demás pueblos y naciones han logrado que su historia se plasme y se fije por escrito desde hace ya mucho tiempo, la historia moderna del pueblo saharauí, al contrario, se encuentra únicamente en la memoria de sus protagonistas, los saharauis.

BIBLIOGRAFÍA

- DI NÓBILE, L. (1996). "La familia en el antiguo Egipto", en *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, XXXII, p. 151.
- GUINEA LÓPEZ, E. (1945). *La vegetación leñosa y los pastos del Sáhara español: aspecto forestal del desierto*. Madrid: Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias.
- TAUZIN, A. (1993). *Contes arabes de Mauritanie*. París: Karthala.
- ZUMTHOR, P. (1989). *La letra y la voz*. Madrid: Cátedra (trad. cast. Julián Persa).